

---

José G. Moreno de Alba

---

# Un nuevo edificio para el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional

---



Sabemos que existieron en México importantes bibliotecas prehispánicas, que conservaban libros compuestos de tiras de cuero de venado pintadas y que fueron destruidas por el conquistador. Fray Juan de Zumárraga se encargó de quemar, en inmensa hoguera, buena parte de esos valiosísimos materiales pictográficos. A cambio, durante los siglos coloniales llegaron a la Nueva España muchos libros europeos y, sobre todo, llegó también muy pronto la imprenta, lo que permitió tener una propia y abundantísima producción de impresos. Fueron así apareciendo asimismo las primeras bibliotecas a la manera occidental. Probablemente quien formó hacia 1536 en estas tierras, concretamente en el convento de Tiripetío, la primera biblioteca

européa fue fray Alonso de la Veracruz, quien sería después destacadísimo profesor de la Real y Pontificia Universidad de México, venerable institución, ilustre antecedente de la nuestra, a la que, a su vez, cabría el honor de abrir, en 1762, la primera biblioteca pública de la Nueva España. Curiosamente es el mismo Alonso de la Veracruz el autor del impreso novohispano más antiguo (1554) entre los que todavía conserva la Biblioteca Nacional. Puede decirse, además, que durante los siglos coloniales, cualquier convento tenía sus propios acervos bibliográficos. Hubo también muchas de carácter privado. Entre ellas destacan la del Obispo de Puebla, Juan Palafox y Mendoza, que todavía se conserva completa, las de Carlos de Singüenza y

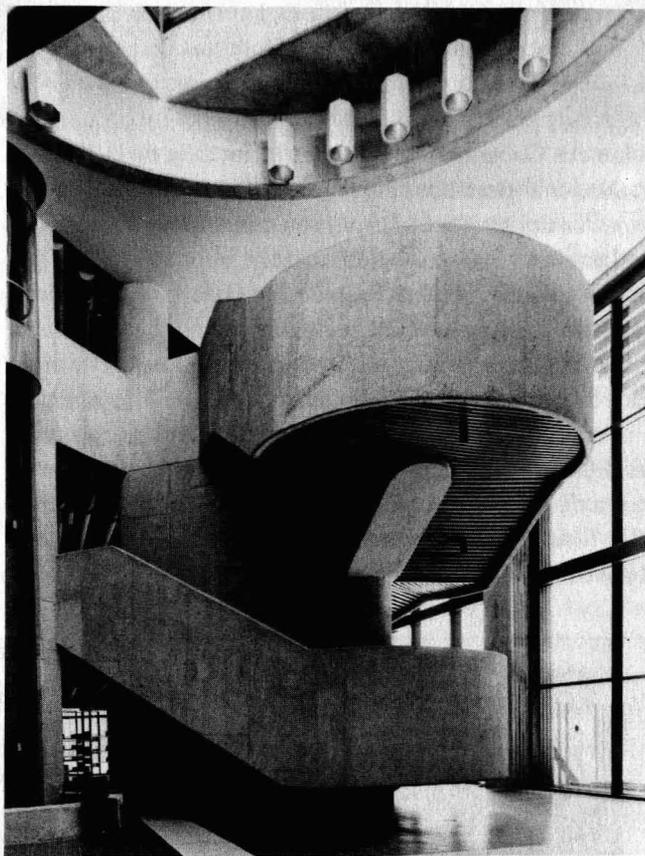
Góngora, Fernando de Alva Ixtlilxochitl y Sor Juana Inés de la Cruz.

Hacia mediados del siglo XIX eran cuatro las bibliotecas mexicanas que sobresalían de manera evidente: una era la Biblioteca de la Universidad que conservaba, en 86 estantes, más de 9,000 volúmenes, entre los cuales destacaban muchos tesoros decomisados a los jesuitas en 1767. Otra era la Biblioteca del Colegio de San Idelfonso, a la que se había incorporado la procedente del Colegio de Santos y que, en total, contaba por entonces con cerca de 20,000 libros. A un costado de la Catedral de México estaba su biblioteca, también conocida como Turriana, en cuyas librerías se guardaban más de 12,000 piezas. A juicio de algunos, como Miguel Belanzario, era ésta la mejor biblioteca mexicana de su tiempo, por la calidad de sus colecciones. Finalmente, conviene considerar, en este grupo, la Biblioteca del Colegio de San Gregorio, que había fundado en 1845 Juan Rodríguez Puebla. La sociedad de exalumnos de este colegio fue muy activa en lo que concierne a enriquecer su biblioteca. En 1853 su acervo llegaba a más de 5,000 ejemplares. Particularmente importantes eran sus colecciones de publicaciones periódicas. Este repositorio estuvo, hacia 1849, en el templo de Nuestra Señora de Loreto y, poco tiempo después, en San Jacinto, hoy barrio de San Ángel. A estos famosos cuatro recintos hay que añadir las muy ricas bibliotecas conventuales. No disponemos de datos confiables sobre cada una de ellas, sin embargo su importancia puede deducirse del alto número de volúmenes, no menos de 100,000 que, provenientes sólo de las que pertenecían a conventos de la ciudad de México, se reunieron, primero en la Universidad y después en los sótanos de la Casa de Moneda y en el exconvento de la Enseñanza, para formar con ellos, años más tarde, la Biblioteca Nacional.

Hoy ciertamente son mucho más abundantes los materiales bibliográficos y hemerográficos que administra la Biblioteca Nacional, si se los compara con los que existían en el momento de su fundación. Se dispone asimismo de una moderna infraestructura para su mejor custodia y administración. Sin embargo, inexplicablemente, venía siendo objeto de olvido buena parte de sus más valiosas obras. Me refiero precisamente a las que forman el que se conoce como Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional. Está constituido éste por las obras que desde la llegada de los españoles a México fueron acumulándose en las bibliotecas conventuales y universitarias a las que acabo de referirme y que vinieron a ser el primer importantísimo aporte para la creación de la actual Biblioteca Nacional. El olvido al que aludo se manifiesta principalmente en dos aspectos: por una parte, carecen esas obras, hasta la fecha, de su necesario registro catalográfico y, por otro, muchas de ellas no tienen siquiera acomodo conveniente en nuestros estantes, pues, al no tener cabida en el moderno edificio que la Universidad inauguró hace unos diez años, algunas de ellas se hallan sin el debido orden en la exiglesia de San Agustín, mientras que otras muchas —aún más grave— siguen guardadas en cajas sin que sea posible su consulta por parte del investigador.

Por lo que corresponde al primero de estos inconvenientes, me es grato informar que, desde el año pasado, se viene desarrollando, con éxito, el proyecto de catálogo del Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional. Todo permite suponer que hacia fines de 1993 se contará ya con un registro de esas obras que cumpla las especificaciones de la moderna bibliotecología.

Conviene no confundir este Fondo de Origen con otro que solemos denominar Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. Éste está formado por unas 50,000 piezas, impresos y manuscritos, que a juicio de expertos son particularmente valiosas, ya sea por su rareza, por su importancia histórica, por su belleza tipográfica, etcétera. El Fondo Reservado, obviamente, sí está catalogado y perfectamente or-



denado. Sin embargo continúa también, por la carencia de espacio en el edificio del Centro Cultural Universitario, en el antiguo edificio de la exiglesia de San Agustín. Ese inmueble venerable, importantísimo para la cultura nacional, no sólo por su intrínseco valor artístico e histórico sino también por el invaluable servicio que ha prestado a México, no está ya en condiciones de guardar tan valioso acervo.

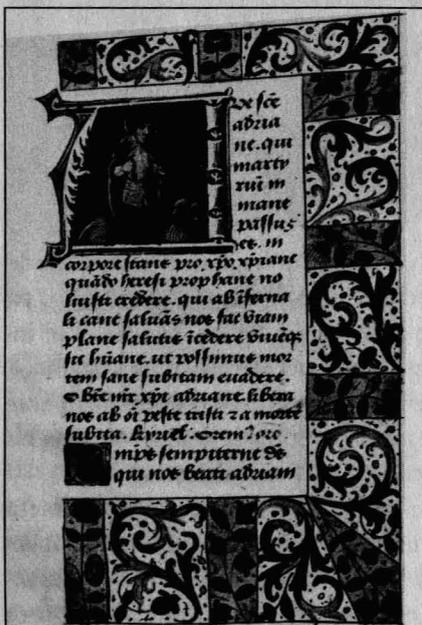
Quizá convenga que me detenga un poco para, a manera de simples ejemplos, enumerar algunas de las joyas bibliográficas a las que estoy aludiendo. Eran, hasta hace pocas semanas, 171 los incunables que atesoraba la Biblioteca Nacional. Eran, digo, porque el Mtro. Jesús Imhoff Cabrera, incansable investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad, recientemente fallecido, a quien todos recordamos con respetuoso afecto, descubrió, pocos días antes de morir, un incunable más, que estaba en-

cuadernado con otros impresos de fecha posterior. Son ya, entonces, 172 los incunables, es decir, los impresos fechados antes de 1501, que conserva el Fondo Reservado. Proceden, en su mayoría, de bibliotecas de órdenes religiosas (agustinos, carmelitas, dominicos, franciscanos, jesuitas y mercedarios), de la Biblioteca Turriana y de la Universidad, tanto Nacional cuanto Pontificia. Hay que recordar también a los ilustres intelectuales mexicanos que fueron también propietarios de algunos de estos incunables que hoy pertenecen a la Biblioteca Nacional, como el mismo Carlos de Sigüenza y Góngora. No tenemos ciertamente ejemplar alguno de los que técnicamente se conocen como paleotipos, esto es los anteriores a 1470, pero sí se cuenta con tres incunables del año 1472, es decir apenas dos años posteriores a esa fecha límite: uno de Paulus Bagellardus impreso por Bartolomé de Valdezoccho en Padua, otro de Robertus Caracciolus, impreso en Venecia por Vindelinus de Spira, y uno más de Franciscus de Platea, impreso también en Venecia por Bartolomeus Cremonensis. Entre los incunables de la Biblioteca Nacional destacan también, todos impresos en Venecia: una *Divina Comedia* de Dante, con comentarios de Cristóforo Landino y bellísimas ilustraciones, impresa en 1493 por Mateo Capcasa, las *Etimologías* de San Isidoro, que imprimió Juan de Colonia en 1491, el tratado *De ente et essentia* de Santo Tomás de Aquino, impreso por Juan Lucilo Santritter en 1488, tres obras de San Agustín, los *Sermones ad heremitam* y el tratado *De Trinitate* (ambos por Paganinus de Paganinis, en 1487 y 1489, respectivamente) y los *Opuscula* (por Andreas de Bonetis, en 1484), la versión original latina de los *Diez libros de arquitectura* de Marco Vitruvio Polio, que en 1497 imprimió Simón Bevilacqua, etcétera. Estos 172 incu-

nables, propiedad de la Biblioteca Nacional, fueron impresos en diversas ciudades europeas: Augsburgo, Basilea, Bolognia, Brescia, Colonia, Cremona, Estrasburgo, Florencia, Lyon, Mantua, Milán, Nuremberg, Padua, París, Parma, Pavía, Roma, Salamanca, Sevilla, Venecia...

Otro invaluable conjunto bibliográfico, que aún se encuentra en la ex Iglesia de San Agustín, es el que conocemos como Colección Mexicana y que consiste en más de 2,000 impresos novohispanos, desde mediados del siglo XVI hasta 1821. Algunos llaman incunables mexicanos a los impresos novohispanos del siglo XVI. Aunque por desgracia son pocas las piezas de este periodo que conserva la Biblioteca Nacional, por ello mismo representan para nosotros un tesoro bibliográfico de primera importancia. Se supone que fueron impresas en la Nueva España, entre 1539 y 1600 unas 250 obras. La Biblioteca posee solamente 22 de ellas, entre las que destaca, como la más antigua, la de Alonso de la Veracruz (*Dialectica resolutio cum textu Aristotelis*) que Juan Pablos imprimió en el año de 1554. Durante el siglo XVII puede pensarse que el número de impresos novohispanos fue cercano a los 2,000 títulos. La Colección Mexicana de la Biblioteca Nacional cuenta con 193 de ellos. Finalmente, de las aproximadamente 7,000 obras impresas en el México del siglo XVIII son cerca de 700 las que atesora en el Fondo Reservado nuestra Colección de impresos mexicanos. Las demás, aproximadamente unas 300, corresponden a principios del siglo XIX. Ahí podrá encontrar el estudioso primeras ediciones de Sor Juana Inés de la Cruz, de José Ignacio Bartolache, de José Joaquín Fernández de Lizardi...

Permítaseme dar algún ejemplo más del tipo de riqueza que conserva el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional,



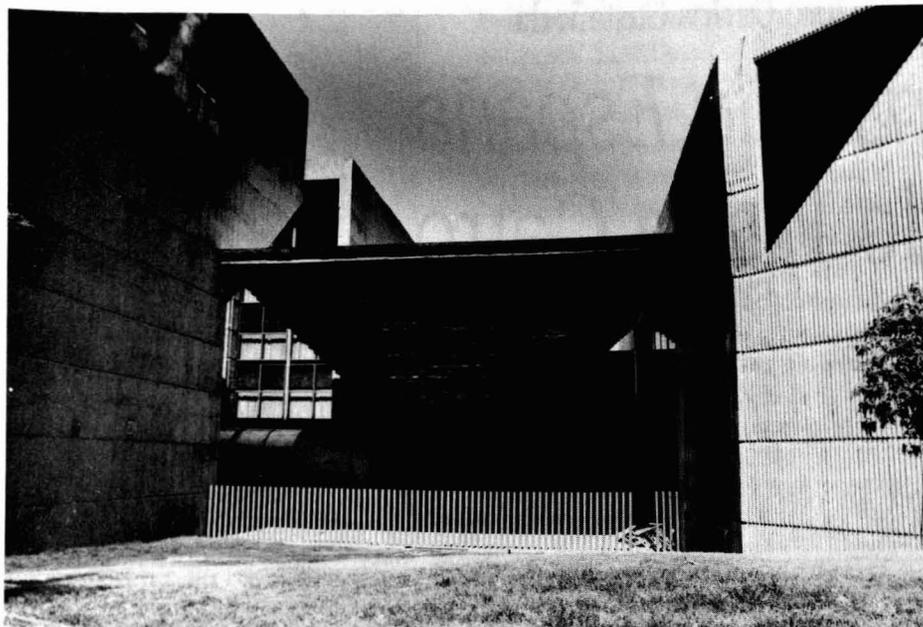
Libro de Horas — s.l. [Flandes] s.f. Manuscrito original. s. XIV. Se le denomina Libro de Horas por contener las siguientes oraciones: *antifonas de los santos, salmos penitenciales, y letanías de los santos*. Fondo de Origen Biblioteca Nacional de México.



Alonso de Molina. *Confesionario mayor, en la lengua mexicana y castellana*. México, Antonio de Espinosa, 1569. El único ejemplar conocido se encuentra en la Biblioteca Nacional de México. Fondo de Origen Biblioteca Nacional de México.



Sor Juana Inés de la Cruz. *Poemas de la única poetisa americana, musa dezima, Sor Juana Inés de la Cruz*. Madrid, en la imprenta de Angel Pasqual Rubio, año 1725. Fondo de Origen Biblioteca Nacional de México.



creado en 1963 por iniciativa de don Manuel Alcalá, cuando fue director, e inaugurado por el presidente Adolfo López Mateos el 2 de agosto de ese año, en una bóveda de seguridad acondicionada en la antigua sacristía de San Agustín y que, cuando el lugar resultó insuficiente, se trasladó, en 1984, por iniciativa de la Mtra. Ma. del Carmen Ruiz Castañeda, a la sazón directora, al lugar que actualmente ocupa y del que muy próximamente saldrá para ser alojado definitivamente en el suntuoso edificio que recientemente se entregó a la Biblioteca Nacional. Pues bien, en la sección de manuscritos de ese Fondo Reservado se conserva, por ejemplo, un *Libro de horas* del siglo XIV, el histórico manuscrito denominado *Cantares de los mexicanos y otros opúsculos*, el *Códice Azcapotzalco*, el manuscrito de fray Juan Navarro, *Historia natural o jardín americano*, la *Tablatura musical*, la *Biblioteca mexicana* de Juan José Eguiara y Eguren, entre muchos otros. Parte importantísima del Fondo Reservado es la *Colección Lafragua*, integrada por 1,580 volúmenes y más de 20,000 folletos, información valiosísima, particularmente para la historia de nuestra independencia.

En ese venerable repositorio se conservan, además, muy importantes archivos, como los *Cedularios* coloniales, el *Archivo Franciscano*, constituido por 156 cajas con documentación relativa a la historia de la Provincia del Santo Evangelio y a otros muchos asuntos, el *Archivo Juárez* en donde podrán encontrarse testimonios invaluable sobre la situación política y militar del país entre los años de 1849 y 1872, el *Archivo de la correspondencia particular de Maximiliano*, el *Archivo Francisco I. Madero*, constituido por 2,440 documentos indispensables para la historia mexicana de los años 1909 a 1911.

Ahora bien, todo ese tesoro bibliográfico tendrá, a partir del presente año, cabida en el espléndido nuevo edificio, que en diciembre de 1992 entregó la Universidad a la Biblioteca Nacional y donde también se guardará y se administrará con escrupuloso cuidado, un nuevo Fondo Reservado,

el de la Hemeroteca Nacional. Dentro de algunas semanas, las más antiguas y venerables publicaciones periódicas, otro gran tesoro de la Biblioteca Nacional, que todavía hoy indebidamente forman parte del acervo hemerográfico general, tendrán un mejor acomodo y seguridad en las nuevas instalaciones. Después de muchos años será posible volver a tener reunido, en un solo inmueble, todo el acervo de la Biblioteca Nacional, hasta ahora disperso. Además, se trata de instalaciones modernas que garantizarán tanto la seguridad de los materiales cuanto el mejor servicio al público, especialmente al investigador. Sobra decir que, además, la Universidad y el país adquieren con el edificio mismo una verdadera obra del arte arquitectónico, debida al Arq. Orso Núñez, autor del proyecto, y a la diligente empresa Ingenieros Civiles Asociados, encargada de la construcción. La comunidad académica y administrativa del Instituto de Investigaciones Bibliográficas agradece al rector de la Universidad, Dr. José Sarukhán, su interés, su sensibilidad, su decisión para ayudar a la biblioteca Nacional, al archivo más importante de la inteligencia mexicana. El Rector supo encabezar con la mayor dignidad a esta comunidad cuando le solicitamos al Presidente de la República su urgente ayuda, quien de inmediato comprendió la trascendencia y justicia de nuestra petición. Hace menos de un año tuvimos la suerte, con el rector de la Universidad al frente, de ser recibidos por el Presidente de la República en su residencia oficial. En mi carácter de director de la Biblioteca Nacional tuve ahí el honor de manifestarle las carencias de esta benemérita institución y de solicitarle su intervención para que el Gobierno que preside asignara recursos para la construcción de un nuevo edificio. El edificio que pedíamos ha sido ya entregado a la Biblioteca Nacional. La comunidad universitaria del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, la de la Biblioteca Nacional de México, seguirá cumpliendo cada día con mayor entusiasmo su noble obligación con la Universidad y con el país. ◇